

La biblioteca, sus libros y sus personajes

Adán López Santiago

Como director de la escuela primaria rural de Santa María Zoquitlán, en el estado de Oaxaca, he acumulado experiencias y aprendizajes muy diversos que rodean al libro: sus lecturas, su biblioteca y sus aprendices. De este cúmulo del quehacer con la biblioteca y sus usuarios, relato una pequeña parte de los acontecimientos que se vinculan con la vida de Chano, María Luisa, Pablo, Chevo y los del Comité¹.

Cuando Chano empezó a ir a la biblioteca, siempre creí que iba a perder el tiempo, que no aprendería a leer en ese año, que la escuela le parecía inmensamente aburrida como la inmensidad de sus 400 alumnos, sus 16 grupos y sus 16 maestros y maestras, que juntos formaban el monstruo más grande que se pudo haber imaginado.

Moreno, cara redonda, sucio, sin huaraches, con la mirada retadora y desafiante como pocos niños de Zoquitlán, donde la mayoría son güeritos y de ojos claros, Chano caminaba entre los libros. Levantaba las portadas, levantaba los libros; minutos y minutos, vueltas y vueltas, hasta que por fin un libro aparecía en sus morenas manos y largas uñas. Aquí empezaba lo terrible para Chevo, el bibliotecario, quien enfadado tenía que indicar cada dato del vale de préstamo, cada letra de las palabras, dibujárselas para que las copiara. Otros minutos y minutos pasaban hasta que Chano tenía que salir corriendo hacia su salón. Creo que el maestro, para ese entonces, se había olvidado de su ausencia.

Así al otro día y al otro y al otro. A veces Pablo, a veces Chevo, a veces yo, ayu-



Los viajes imaginarios de Chano. Fotografía de Adán López Santiago

¹Esta experiencia se desarrolló a partir del Diplomado "Fomento de la lectura y Producción de textos para la Educación Básica", el cual forma parte del proyecto de investigación PILEC de la Universidad Pedagógica Nacional, Ajusco.

dándole con el vale. En ocasiones me atrevía a pensar que el vale era el obstáculo más grande para Chano y para todos los que pedían libros. Decidí eliminarlo y luego decidí dejarlo y luego quién sabe qué decidí.

Así, uno de esos días, Chano entregó un vale requisitado a su manera. La fecha en una línea que no era para la fecha, el número del libro en la fecha, el autor del libro en otro lado y por último su nombre: Chano y su firma, que a lo mejor era lo más legible de todo. Las letras amontonadas y la decisión en su rostro me hicieron tomar el vale y depositarlo en el casillero de vales de primer grado. Ah, escribí 1° "C".

Chano empezó a ser el cliente número uno de la biblioteca y empezaba a orientar a los demás en la elección de libros, recomen-

daba y leía partes del libro. Nunca me enteré si se aprendía de memoria alguna parte de los libros que con más frecuencia se llevaba a su casa o si en realidad estaba leyendo. Tampoco me enteré quién le leía los libros que se llevaba. Nada más de imaginar el rostro malencarado de su mamá, morena como él, desaparecía la idea de que fuera ella la que le leía, pero ¿quién más?

Al paso del tiempo, las preferencias de Chano fueron cambiando. Empezó a interesarse por los libros de pasta gruesa, los de *Willy*², los que no se pueden llevar a su domicilio. Entonces leía aquí, en la reducida biblioteca que tiene amontonada muchas cosas, incluyendo la gorra del maestro de educación física y las pinzas de Chevo, quien además de ser el bibliotecario, también es el con-

serje. Leía por mucho tiempo, aunque quién sabe qué cosas leía.

Cuando llegaba otro niño a la biblioteca, tomaba un libro de *Willy* y le decía que leyera ese y le leía alguna parte y otra y otra, con una rapidez extraordinaria. Y cuando le decían que así no decía, entonces leía despacito y con dificultad. Fue entonces cuando me di cuenta que estaba aprendiendo a leer.

El tiempo que devora la paciencia fue pasando a pasos gigantados y Chano mejoraba la requisitación del vale.

Hasta que no apareció más, y luego de vez en cuando, y ahora cuando quiere.

²De la colección infantil *Los especiales* del Fondo de Cultura Económica. Esta colección posee la virtud de ser libros con gran colorido, poco texto y con un tratamiento muy cercano a los gustos, intereses y valores de las niñas y los niños.



María Luisa en su soledad compartida.
Fotografía de Adán López Santiago



Los del comité también cuentan.
Fotografía de Adán López Santiago

Chano quedó guardado en la memoria del papel y tinta, en cada dibujo que hacen los autores para aparentar que lo hicieron unos niños, en las paredes amarillas de esta apretada biblioteca que ha hecho trabajar de más a los maestros para reunir fondos para comprar estantes, libreros y más libros.

Chano fue desapareciendo de las mañanas de biblioteca y fue apareciendo María Luisa, con las mechas tapándole parte del rostro; con sus vestidos floreados y su cuerpo esbelto.

María Luisa rondaba los libros y quería deletrear los títulos, y señalaba algunas letras, y aparentaba leer, hasta que tomaba uno y pedía un vale. El mismo dichoso vale que se escurría de las manos de Chano. Su primera pregunta era: "¿A cómo estamos?", y Che-

vo, Pablo o yo respondíamos, a veces a coro. Pero luego teníamos que decir qué letra seguía de la otra para escribir septiembre, o noviembre. Luego dónde copiar el título, o el número, o el autor.

Día con día, apenas se escapaba de la maestra, permanecía mucho tiempo en la biblioteca, enajenada en los libros que se adormecían con sus lecturas en voz baja, muy baja, en susurro, quizá para que nadie se diera cuenta que inventaba las historias.

Chevo y Pablo se empezaron a preocupar por el tiempo que pasaba María Luisa en la biblioteca y me preguntaron qué hacer. Les dije que hablaría con ella para que no se saliera mucho tiempo del salón, pero nunca lo hice, aunque les dije que ya lo había hecho. Lo cierto es que ella no sólo

miraba los libros, sino también los carteles que habíamos diseñado para invitar a la biblioteca. Esos carteles que celosamente guardan el trabajo minucioso de Pablo que abría la biblioteca todas las tardes y que ayudaba a todos los niños. Esos carteles que levantaron polémica cuando un burro invitaba a leer libros y que algunos maestros dijeron que era un insulto para los alumnos. Esos carteles que repartimos a todos los salones. Esos carteles pasaban por los ojos de Mary.

Luego María Luisa deletreaba con más rapidez y permanecía menos tiempo, pero no faltaba un libro en su mochila. Un libro que leía mientras abrazaba a su hermanita o que le leía su mamá.

Cada vez es menos frecuente su presencia en la biblioteca, pero lee mejor, claro, a su nivel. Cuan-

do llega a la casa de Adriana y le muestra un libro, ésta se sienta en el piso y sus ojos buscan las historias guardadas en su infinito afán de leer.

Chevo nota los cambios de los niños que acuden a la biblioteca, los ha visto evolucionar, pero no dice nada y no dirá nada, eso es natural para él. Él no se emociona, como yo, con cosas infantiles y normales, no les da mucha importancia porque para él, eso es lo que deben hacer los niños en la escuela y les habla sin piedad y les recomienda que cuiden los libros y les dice que los lean, que no se los lleven a lo tonto o que mejor no se los lleven porque los destruyen y cuestan muy caros.

Chevo sabe que este no es su trabajo, aunque no lo hace con desagrado. Sabe que tiene que mantener limpia la escuela, como la cuestión más importante, luego consume su tiempo en la biblioteca al tiempo que fotocopia los documentos que le solicitan o trabaja en otras cosas. Y cuando no tiene otros trabajos lee, lee y lee. Luego me comenta cosas extraordinarias y sabe dónde pueden encontrar información para las investigaciones que encargan los maestros. Es tan cuidadoso que me corrige, sin hablar, mis descuidos.

Eusebio contagia a los integrantes del comité de padres de familia, que semana a semana cumplen su comisión en la escue-

la, y ellos también leen, en silencio, hasta que les encargo algo y luego que lo hacen, vuelven a la lectura.

Así, la llama de la lectura, poco a poco ebulle en los pensamientos adultos e infantiles. Pablo fue el incansable protector de esa llama, y aunque ahora haya un Consejo de biblioteca que se guía de un proyecto, no se puede comparar con la espontaneidad de los primeros pasos asistemáticos, donde él consumía su tiempo, religiosamente seguro de los beneficios.

Con Pablo compartimos los convencimientos de Vicenta o de Bety que nos pedían los libros de pasta gruesa para llevarlos a su casa, y a escondidas violába-

mos el reglamento no escrito y autorizábamos que se los llevaran. Con él tomamos la decisión de que se le pusiera un nombre a la biblioteca y todavía pudo estar presente en el concurso donde ganó el nombre que propuso Fátima: "Mi primera luz" y que tuvo que decidirlo el Consejo de alumnos porque se alteraron los ánimos entre el Consejo de biblioteca.

No sé qué vaya a pasar en otros tiempos, pero mientras exista un rincón estrecho donde se presenten libros, llegarán los niños y nos mirarán con sus ojos tímidos, a 100 kilómetros de la ciudad de Oaxaca, entre dos ríos peligrosamente románticos, diciendo: "¿Me presta un libro?"@

